

---

**La intervención en espacios microsociales**

**La intervención en lo social y los espacios microsociales. El caso del trabajo social comunitario**

El estudio y el análisis del contexto social, ya expuestos en capítulos anteriores, de alguna manera marcan una dirección a la intervención en comunidad, que puede relacionarse con la “problemática de la integración”. En otras palabras, es posible definir la intervención en el ámbito de la comunidad como un dispositivo que intenta producir modificaciones, justamente en las expresiones locales que son efecto de esa problemática.

De esta forma, el horizonte de la intervención comunitaria se vincula en principio a la posibilidad de trabajar los aspectos más significativos de la “problemática de la integración”, que se expresan en el plano local en forma de “fragmentación social”.

La expresión microsocial de la intervención es visible a través de múltiples reclamos y reivindicaciones vinculados a la calidad de vida, que muchas veces tienen un carácter reducido, acotado a una cuestión específica. En otras palabras, y en líneas generales, el reclamo producto de la organización barrial no apela al todo social en términos de su transformación, sino que quedaría dentro de los lími-

tes del espacio microsocioal. Pero esto no hace que deje de interpelar ni que pierda su carácter organizativo: simplemente, y tal vez en forma momentánea, se restringe a una dimensión menor que en épocas anteriores.

Otra expresión de la fragmentación de lo social se manifiesta a través de diferentes formas de padecimiento. Tanto la fragmentación como el padecimiento interrogan a la intervención en lo social en tanto posibilidad de intervenir sobre aquello que la crisis separó. En efecto, el trabajo comunitario puede proponerse, dentro de sus lineamientos generales, intervenir en los procesos o fenómenos de fragmentación (en tanto trama social), a partir de su expresión local, intentando reparar o reconstituir aquello que las condiciones sociales, económicas y políticas fragmentaron.

En este sentido, entonces, la intervención comunitaria se relaciona con una serie de elementos integradores, organizadores y simbólicos que pueden servir en función de la reconstrucción de identidades en un escenario microsocioal. Así, la intervención en la comunidad implica una modalidad singular, según la cual construye su complejidad a partir de la elaboración de dispositivos que van a actuar en espacios microsociales, cuyo horizonte se relaciona con la integración, la organización barrial y la identidad.

Lo microsocioal implica una mirada a lo local y una búsqueda de la singularidad del escenario de acuerdo con sus propias características y su relación con lo macrosocioal. Por otro lado, la singularidad forma parte de una construcción histórica de esa comunidad que va a tener significados particulares. Es decir, el acceso a la singularidad permite incorporar historicidad a la intervención comunitaria, lo que implica una apertura hacia la concepción de los problemas sociales desde su construcción, ampliando de esta forma la mirada hacia la posibilidad o no de distintas formas de reparación propias de cada lugar, que pueden ser evidentes o que necesitan ser develadas desde la intervención.

La intervención en comunidad, si bien se apoya en lo expuesto, también permite hacer más operativos y factibles los diversos programas sociales que se aplican y, a través de la triangulación entre elementos cualitativos y cuantitativos, evaluar el impacto de las estrategias de intervención utilizadas. En definitiva, se trata de elaborar modalidades de intervención que puedan singularizarse en lo local.

Por otra parte, el espacio de lo barrial instaaura una serie de significaciones a través de las cuales puede observarse la tensión entre lo público y lo privado. Es posible pensar el barrio en una trama de significaciones, desde la apropiación social del espacio, hasta la construcción o el intento de constituir un orden propio que habla de la cultura e historia de quienes lo habitan.

La sociedad crea los espacios y, en muchos casos, los conflictos sociales urbanos muestran las marcas que quedan inscriptas en el territorio de lo barrial: un barrio, una comunidad, un espacio, es un texto que es posible develar. Al mismo tiempo, la sociedad es el lugar donde se expresa la complejidad de los lazos sociales, ya que es el espacio donde transcurre gran parte de la cotidianidad. Distintos elementos materiales y simbólicos le dan características definidas al espacio. Una forma de construcción de identidad pasa, en muchos casos, por los modos de apropiación de los espacios. La ciudad en general se presenta entonces como un espacio de pujas permanentes y diarias donde la marca del grafiti —llamado “tatuaje urbano” por algunos autores— puede delimitar territorios. El espacio se muestra a los otros, se nombra, se materializa y participa en la construcción de identidades, dentro de la constitución de dos órdenes: uno visual y otro lingüístico.

La ciudad se nos presenta como un sistema de significaciones que se va a singularizar en lo microsociales, lo barrial, lo comunitario. Pero la ciudad es también significación social en sí misma, producto de diferentes condiciones históricas, discursivas, valorativas, económicas, políticas,

etcétera. Hoy su expresión, o parte de ella, se manifiesta en los espacios microsociales, donde aún se construyen identidades que, desde una perspectiva contextual, presuponen el concepto de la conciencia de sí, reafirmada desde lo territorial, lo lingüístico, lo familiar, los orígenes, la religiosidad, los códigos, etcétera. Identidad que, en definitiva, se constituye en la interacción con la presencia de un "otro" que forma parte de un escenario, de un espacio microsocial.

### **El diagnóstico comunitario o el conocimiento de lo local para la intervención en comunidad**

Pensar en el "diagnóstico comunitario" requiere, en principio, revisar los términos que se utilizan para caracterizarlo. En otras palabras, la utilización de la acepción "diagnóstico" muestra desde el inicio, si se quiere, una medicalización del conocimiento al que se pretende acceder o construir acerca de una comunidad, barrio o localidad. Es decir, la noción de diagnóstico comunitario remite inevitablemente a las prácticas médicas en la búsqueda de "indicadores" o "síntomas" de la "enfermedad" en un determinado lugar o territorio.

Desde una perspectiva clásica, el tema del diagnóstico comunitario o la construcción de conocimiento acerca de las dificultades de determinado escenario es bastante conocido y se puede encontrar en diferentes manuales de atención primaria de salud o en textos sobre desarrollo de la comunidad, tal vez más relacionados con concepciones de tipo universal y esquemas metodológicos que fueron útiles para adaptarse a situaciones diversas pero que plantean dificultades para dar cuenta de las necesidades de intervención en el presente.

En la actualidad, y en función de lo engorroso del trabajo comunitario ante la creciente complejidad social, se

hace necesario pensar modalidades de intervención que permitan una aproximación genuina a la particularidad de lo local, en especial a partir de la fuerte heterogeneidad de lo social y las dificultades de acceso a la comprensión y explicación de diversos fenómenos. Estos son presentados en la práctica cotidiana como problemas en tanto demandas de tipo integral.

Dada la dificultad de la intervención comunitaria en la actualidad, la concepción de “diagnóstico” no sería suficiente en la búsqueda de lineamientos, perspectivas y esencialmente horizontes para la intervención en lo social desde cualquier campo. Se podría pensar esta categoría de análisis desde otras miradas, más orientadas hacia lo socio-cultural y concebidas según la noción de “microsociología local”, tomando aportes de Erving Goffman y otros autores como Geertz, Hammersley, Atkinson o Rosaldo. Sobre este aspecto, Geertz plantea:

Así, los científicos sociales han empezado a comprender que no necesitaban emular a los físicos o a los humanistas de gabinete, ni siquiera inventar algún nuevo dominio del ser que sirviese como objeto de sus investigaciones. En cambio podían proceder según su vocación, intentando descubrir un orden de la vida colectiva y determinando las conexiones de lo que habían estado realizando con iniciativas afines [...]. La explicación interpretativa –y se trata de una forma de explicación, no solo de glosografía exaltada– centra su atención en el significado que las instituciones, acciones, imágenes, expresiones, acontecimientos y costumbres [...] tienen para quienes poseen tales instituciones, acciones, costumbres, etcétera (Geertz, 1983: 33-34).

Acceder al conocimiento de la “microsociología local”, desde un punto de vista si se quiere profundo y especialmente vinculado a lo cualitativo, supone una serie de dificultades y posibilidades. En principio, el acceso a la “microsociología local” se relaciona con un deter-

minado contexto, en el cual lo microsocioal se encuentra atravesado por lo macrosocioal, pero, a su vez, este juego de interrelaciones está signado por la historicidad del espacio o territorio y por una serie de aspectos socioculturales que en la actualidad se presentan como sumamente complejos. Desde esta perspectiva, es posible pensar la comunidad como un contexto particular de intervención, desde el cual pueden surgir algunos interrogantes referidos especialmente a la dirección u orientación del trabajo comunitario.

Es posible hacer una larga lista de los objetivos técnicos del trabajo comunitario que aspiran a mejorar la calidad de vida de la población, disminuir las enfermedades infecciosas, incrementar el número de vacunaciones, mejorar los índices de habitabilidad, bajar las tasas de analfabetismo, etcétera. A su vez, en la actualidad se suman nuevas cuestiones como la drogadicción, el sida, el desempleo, la falta de espacios de encuentro o socialización, la violencia doméstica, la violencia urbana, etcétera. Estas últimas provocan crecientes dificultades en la intervención y son las más frecuentes en las demandas locales, lo cual muestra que es necesario elaborar estrategias de intervención que puedan dar respuesta tanto a los problemas "históricos" de la comunidad como a los que se presentan como novedosos. De esta forma surge la necesidad de profundizar en el conocimiento de lo local, lo que conlleva nuevas cuestiones e interrogantes que se hace necesario trabajar previamente.

Una mirada rápida al contexto nos muestra la posibilidad de comprenderlo, pues se encuentra atravesado por una situación de crisis que, en principio, se podría analizar desde dos puntos de vista. Uno, bastante accesible y medible, es el punto de vista cuantitativo, que puede ser desarrollado en cuadros y gráficos: índices de desempleo, situación alimentaria, tasas de mortalidad infantil, datos demográficos, incidencia de enfermedades infecciosas

prevenibles, situación de la vivienda, índices de escolarización, etcétera. Esta mirada nos muestra, a través de datos concretos, la situación de las condiciones objetivas y fácticas de la cuestión social y revela la envergadura de una crisis global que va a impactar singularmente en una comunidad.

Pero, por otra parte, todo este proceso está generando diversos niveles de impacto subjetivo en toda la población, dejando marcas que a su vez remiten a otras necesidades de intervención y otros niveles de problema, lo cual requiere una mirada cualitativa. Desde el punto de vista de lo cualitativo, se reconoce la existencia de nuevos acontecimientos que no son de fácil medición: por ejemplo, por un lado, es posible medir la presencia del sida, pero es muy difícil entender el impacto del VIH sobre la singularidad de su portador y cómo esto implica una marca familiar y local. Es decir, una situación objetiva implica una impresión en la esfera subjetiva, que puede traducirse en incertidumbre, dificultades familiares, ruptura de lazos sociales, pérdida de espacios de socialización, etcétera, a partir de lo cual se producen nuevas significaciones en cuanto a la idea de enfermedad, por ejemplo, así como también la generación o búsqueda de formas de supervivencia, etcétera.

En la actualidad, la intervención en comunidad se enfrenta con ambas cuestiones, las cuantitativas y las cualitativas. La integración de ambas esferas del problema influye de manera relevante en la metodología de trabajo, generando nuevas modalidades de intervención que intentan actuar sobre ambas.

Desde esta perspectiva, la aproximación al conocimiento de la "microsociología local" implica comprender los espacios de intervención comunitaria desde la existencia de dos órdenes: uno social y otro de experiencia subjetiva. Es decir, dentro de una comunidad nos encontramos con situaciones de interacción entre diferentes actores, que pueden mostrarnos singulares y diferentes formas de

padecimiento en tanto efectos de la cuestión social. Desde la perspectiva de Goffman, es posible sugerir el análisis social de esta situación desde una posición integradora. Este proceso de análisis puede mostrar la construcción de una lógica que nuevamente se elabora en dos órdenes, uno macrosocial y otro microsocia, dentro de un contexto que es posible denominar *escenario*, donde se despliega el guión de la trama social, donde el sujeto y su entorno prueban la vulnerabilidad o eficiencia de sus lazos sociales, su inserción social, su relación con determinados espacios de socialización, la existencia de nuevos papeles en la esfera de la familia, etcétera.

En definitiva, el conocimiento microsociológico local implica la conjunción de los dos aspectos mencionados, es decir, aquello que es posible medir y el impacto cualitativo de los indicadores sociales en la singularidad del contexto donde se propone la intervención comunitaria.

### **La observación como inicio de la intervención en comunidad**

Desde este plano de análisis y en función del conocimiento del contexto de intervención comunitaria, se hace necesario sumar una mirada cualitativa de la comunidad a la cuantitativa, aportada por los indicadores sociales, económicos, etcétera.

La observación como una de las instancias de la intervención en comunidad implica una forma de aproximación a la realidad que se pretende estudiar en términos de conocimiento de lo microsocia. Desde los aportes de la investigación-acción es posible plantear que el instrumento de observación en el trabajo comunitario es el "observador mismo", pero este está signado por representaciones y saberes previos que requieren una profunda reflexión y trabajo en equipo para dar lugar a una reelaboración

de lo observado en tanto búsqueda de interpretaciones y confrontación con lo empírico, es decir, con lo fáctico. La observación es, entonces, una instancia de un proceso de análisis que contribuye a la interpretación de lo local. Desde esta perspectiva, la observación se vincula a la mirada sobre la trama cultural del espacio microsocial. Según Geertz, dentro de una situación social pueden existir diferentes claves interpretativas, de ahí la importancia de la propia visión del actor en tanto construye significaciones en su vida cotidiana.

En definitiva, la observación se relaciona con una situación o acontecimiento estipulado con anterioridad, debe ser planificada y evaluada y es necesario remitirla a proposiciones generales.

Por otro lado, aquello que se observa tiene historicidad, forma parte de un proceso, expresa lo colectivo y se encuentra en movimiento permanente. Además, el papel del observador se vincula a la imagen que de él tiene la comunidad, lo cual construye una esfera de reciprocidades que puede ser caracterizada como intervención comunitaria, en tanto construcción de lazos sociales dentro del proceso de intervención en lo social. Este tema fue de vital interés, por ejemplo, para la Escuela de Chicago, y sobresale en los trabajos de Robert Park. Por otra parte, lo que el observador vea dependerá en gran parte de su ubicación dentro de una determinada red de relaciones locales. De ahí los aportes de la observación participante utilizada en la investigación-acción, que se relacionan con los primeros trabajos de Fals Borda, ya que este dispositivo metodológico permite registrar los medios, los símbolos y los mundos de experiencia que tienen significado para la comunidad.

En principio es necesario acceder a la comprensión y explicación del mundo que tienen los sujetos y grupos sobre los cuales se interviene, intentando aproximarse a los códigos locales, las formas de participación y en especial

las modalidades de comprensión y explicación de los problemas sociales que estos poseen.

Este abordaje, que recibe aportes de la antropología y del trabajo social, revela la necesidad de acceder a las formas constitutivas del espacio microsocioal en términos de reciprocidades e intercambios. Justamente es este plano de observación el que se vincula a la intervención. La observación se transforma en un dispositivo de intervención que se orienta hacia la reconstrucción de solidaridades, redes y formas de reciprocidad e intercambio que implican una dinámica material y simbólica en cada situación; es decir, la observación es la instancia inicial de un proceso que busca restituir una trama social fragmentada y fuertemente atravesada por formas de sociabilidad que cada vez más se orientan hacia la esfera individual. La mirada sobre las relaciones de reciprocidad e intercambio, entendidas en términos de relación social o, mejor, de lazo social, presupone esa perspectiva que intenta desde los espacios microsociales amalgamar aquello que la crisis fragmentó.

Otro plano de la mirada se relaciona con lo histórico, vinculando la historicidad y las características organizativas locales a través de determinados dispositivos de intervención que incluyen las asambleas, los espacios grupales y las historias de vida. De esta forma es posible acceder a un conocimiento profundo de la comunidad, en tanto se analizan las potencialidades de organización de los diversos grupos que la integran, así como también las formas de comprensión e interpretación de los problemas dentro de diferentes esferas (organizacionales, grupales, comunitarias, institucionales, etcétera).

Según esta perspectiva, la historia de los sujetos, familias y grupos de la comunidad es concebida desde una estrategia de recuperación de lo propio, de aquello que construye identidad y que, en definitiva, se vincula al "todo social". Resulta necesario, entonces, adaptar para el trabajo comunitario algunos de los dispositivos, técnicas e

instrumentos de intervención que las ciencias sociales han utilizado hasta el presente.

Por otra parte, la mirada hacia los aspectos lúdicos y expresivos muestra también otra posibilidad de aproximación a la comunidad. Con frecuencia, la aplicación de determinadas estrategias de juegos —reglados y no reglados— es útil si se orientan hacia la reconstrucción de una trama social segmentada por las diversas expresiones de la crisis. En muchas experiencias de trabajo de campo, la expresión plástica (por ejemplo, utilizada con niños o adultos para la descripción del barrio y de sus problemas) da cuenta rápidamente de las dificultades de integración y socialización que ese espacio posee.

En síntesis, la observación desde los aportes de la investigación-acción o la investigación participante adaptada al trabajo comunitario se transforma en una modalidad de intervención capaz de orientar futuras acciones en relación con la singularidad de cada espacio microsocioal, cargando de sentidos a los instrumentos clásicos de intervención en comunidad.

## **Hacia un esquema de trabajo comunitario**

Las estrategias de intervención en comunidad pueden graficarse en un cuadro que nos permita ordenar lo expuesto y profundizar cada uno de sus aspectos.

### *Lo solidario como estrategia de intervención en espacios microsociales*

Desde la intervención en los espacios microsociales, la mirada a la cuestión de la solidaridad permite reflexionar acerca de los lazos sociales y de la sociabilidad que estos fomentan. No se trata de recuperar la visión de solidaridad orgánica y/o mecánica, presente en el pensamiento

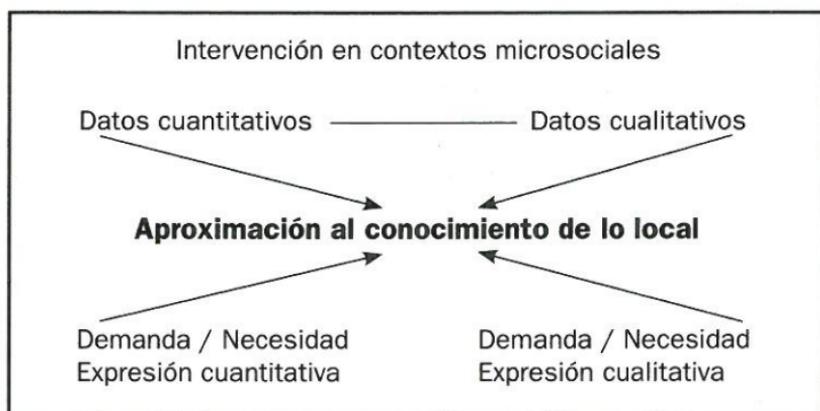
Gráfico 1



de Émile Durkheim, sino de visualizar los lazos sociales desde las relaciones informales que se construyen en el espacio de la vida cotidiana.

Considerar la importancia de la solidaridad permite intervenir en la estructura de los lazos sociales que se esta-

**Gráfico 2**



blecen en los espacios microsociales: desde una intervención en comunidad, la visión de la solidaridad constituye una vía de llegada a las diferentes formas organizativas que pueden encontrarse en un determinado espacio o lugar de intervención. De modo que, desde la perspectiva de solidaridad centrada en los lazos sociales, es posible una aproximación al conocimiento y análisis de la realidad local, de los significados que se atribuyen a los acontecimientos en ese medio, y de la influencia de lo macrosocial en ellos.

Dentro de esta arquitectura de lazos sociales es posible precisar el campo de relaciones de una persona, la representación del espacio y el tiempo de dichos lazos y su proyección al conjunto de lo microsociales, así como también develar las relaciones con el todo social. Esta trama arquitectónica puede transformarse, a partir de la intervención, en un lugar de intercambio material, simbólico e imaginario, que se relacionará con las reciprocidades de los integrantes de un grupo o barrio en lo que se refiere a la construcción de identidades. A su vez, posee reglas (códigos) no escritas, lo que la ratifica en un lugar de informalidad asociándola con una determinada dinámica cultural y con un sistema de códigos y valores.

Esta articulación de lazos sociales que es posible develar a partir de la intervención en espacios microsociales implica

una serie de relaciones informales que se construyen y se recrean a partir de acontecimientos significativos, como la biografía de sus integrantes, el parentesco, la vecindad o la amistad. Pero, por otro lado, esta trama de relaciones que se estructuran a partir de lazos sociales se asocia a determinados procesos colectivos y a su historia, y constituye también una circulación de intersubjetividades que exige otra vía de ingreso a la cuestión de la identidad. Las relaciones que se constituyen a través de los lazos sociales tienen un sentido integrador, organizador y simbólico. Desde la filosofía de Husserl, la relación en cuanto a las cosas es impensable sin una corporeidad constitutiva, sin un punto intermedio:

La subjetividad pasa a la esfera intermedia de la intersubjetividad, un “entre” (*zwischen*) como lo llama Martin Buber, un “mundo intermedio” (*zwischenreich*) como lo llama Merleau-Ponty, un “reino intermedio” como lo he llamado, que pertenece a todos y a ninguno en particular (Waldenfels, 1997).

Además, la construcción de sociabilidad a través de los lazos sociales significa la posibilidad de encontrarse con ciertos niveles de predicción, organización de recursos, previsión y contención. De esta forma, el mundo de lo incierto, en tanto padecimiento, puede retomar certezas, pequeñas pero significativas, que se inscriben en lo intersubjetivo.

Así, los lazos sociales no solo ratifican, en la vida cotidiana, la identidad de cada uno de los integrantes de la arquitectura mencionada y la percepción, identificación y resolución de problemas; también construyen instancias de contención y apoyo que se “salen de los carriles” establecidos formalmente en la sociabilidad del contrato, apoyándose en la cohesión del lazo. Otra vez, la problemática de la identidad se presenta como horizonte de la intervención.

Por otra parte, todo este juego de intercambios y reciprocidades no es acumulable, no está escrito (en términos de contrato), no implica rendir cuentas desde la perspectiva del “balance”, sino simplemente explicitarlo desde la

interacción a través de las relaciones sociales. Ahora bien, aunque no está escrito, este dispositivo de intercambios tiene registro en términos de inscripción y, de esta forma, construye su propia memoria.

Objetivamente los intercambios son múltiples, observables y cuantificables; de esta forma se intercambian apoyo, información, objetos, cuidados, dinero, etcétera. Cada etapa o tiempo de circulación de intercambios en esta arquitectura de lazos sociales va a relacionarse con dos aspectos relevantes: por un lado, con la constante recreación del vínculo y, por otro lado, con la construcción o legitimación de formas propias de normatividad de las acciones.

Este entramado de lazos sociales construye una forma de solidaridad, de intervención informal en la "problemática de la integración", pero también se presenta para la intervención en lo social como un interlocutor, y puede dar cuenta del estado de organización de determinado grupo o comunidad o de la relación que estos establecen con sus necesidades. Desde la intervención en lo social se plantea una serie de preguntas dirigidas hacia ese entramado o arquitectura construida a través de lazos sociales. En principio, la indagación apunta a las actividades en tanto intercambios que se puedan realizar en esa trama sociocultural. A su vez, las formas de relación y de comunicación constituyen un posible aporte para una mayor comprensión de lo local. Asimismo, la forma de construcción de esa sociabilidad se presenta como significativa, ya que puede orientar acerca de la historia del grupo o la comunidad. Desde esta perspectiva, la interrogación acerca de la historia resulta relevante para la recopilación de relatos, individuales o grupales, sobre la constitución de esa trama.

Por otra parte, los interrogantes de la intervención en lo social también apuntan a la interrupción de esa serie de tramas y/o lazos sociales, a sus obstáculos y a las posibilidades de facilitar su circulación, como así también de determinar dónde y cómo es posible, en la intervención, la recomposición de aquello que se fracturó o fragmentó.

*Lo histórico como eje estratégico de intervención en lo social*

La aplicación de instrumentos de intervención que consideran la historia del sujeto, grupo o microsociedad confiere, en principio, un reconocimiento que permite comprender el campo en el que se despliega la intervención desde una perspectiva histórico-social. En otras palabras, es necesario conferirle a la intervención la posibilidad de una aproximación desde lo colectivo, como estrategia para la reconstrucción de la historia.

Las entrevistas signadas por relatos de historias de vida, biografías o acontecimientos significativos implican en sí mismas una intervención, ya que permiten relacionar los acontecimientos del presente con una revisión del pasado. De esta forma, el propio relato construye un escenario de intervención, y a su vez se transforma en su instrumento. El relato biográfico o "historia de vida" es básicamente un documento humano, un relato de experiencias: da cuenta de las acciones de un sujeto, grupo o comunidad en tanto participantes histórico-sociales de la vida social.

De esta forma, la intervención vincula historia y contexto, allí donde la palabra de ese otro implica una fuerte corriente de sentidos. El relato oral abre una serie de posibilidades de acceso al mundo de significaciones de los sujetos sobre los cuales se interviene. En la tradición aborigen de América, por ejemplo, el registro de los relatos orales restituye los valores significativos de la comunidad y nos enseña acerca de la persistencia de esos valores en la actualidad.

El nombre que me dio mi padre es Walimai, que en la lengua de nuestros hermanos del norte quiere decir viento. Puedo contártelo porque eres como mi propia hija y tienes mi permiso para nombrarme, aunque solo cuando estamos en familia. Se debe tener mucho cuidado con los nombres de las personas y de los seres queridos porque al pronunciarlos se toca su corazón (Allende, 1995).

Desde esta perspectiva de recuperación de lo oral,

utilizando como elemento básico el idioma y la palabra, “hablar es también ser”. Hablar es nombrar, y el habla se relaciona con el orden constitutivo de la sociabilidad.

Esta recuperación histórica, en tanto intervención, implica también una construcción de lo vivencial, que hace posible articular los acontecimientos personales, sociales y comunitarios con un sentido histórico, resignificando o encontrando nuevos sentidos a cuestiones actuales.

En definitiva, la intervención que utiliza como instrumento las biografías o historias de vida va a circunscribirse a la “cuestión social”; es decir, se enfrentará a relatos históricos que se refieren a acontecimientos de tipo social.

Desde una perspectiva más instrumental, las biografías describen momentos de inflexión de la vida de los sujetos, a través de recuerdos o fuentes documentales que pueden ser cartas, diarios, fotografías, etcétera.

Las cartas atadas con la cinta rosa cayeron al fuego y se quemaron sin desparramarse. En cambio el otro grupo de cartas, sin la cinta celeste que lo uniera, se encrespaba y se desparramaba por el horno incineratorio. Se soltaban las hojas y la llama que había de ennegrecerlas y destruirlas antes las iluminaba fugazmente “... ya mañana termina la semana...” “... que desconfiara de las rubias ¿qué le vas a consultar a la almohada?...” “... unas lagrimitas de cocodrilo...” “... al cine? ¿quién te va a comprar los chokolatines?...” (Puig, 1969).

Este párrafo de la novela *Boquitas pintadas*, de Manuel Puig, muestra la fuerte carga de sentidos de lo dicho, en este caso en el marco del género epistolar: la recuperación de las palabras alguna vez escritas o pronunciadas “revive” una historia del pasado que continúa inscripta en el presente pero, tal vez, opacada por otros acontecimientos que no dejan que la memoria se exprese. Así, la recuperación de lo histórico como estrategia de intervención en lo social muestra la posibilidad de actualizar una mirada del pasado que organice o clarifique situaciones significativas en una comunidad, grupo, institución, etcétera.

En definitiva, se trata de una estrategia de recuperación de aquello que el sujeto, grupo o comunidad portan. Desde esta perspectiva, la recuperación de la historia como instrumento de la intervención en lo social constituye otro plano de acceso a la construcción de identidad. La historia muestra una posibilidad concreta de intervención, que recupera la memoria colectiva, poniéndola en escena a través de espectáculos teatrales o audiovisuales, o por medio de muestras fotográficas que representen la historia de un lugar, grupo o territorio.

En definitiva, la recuperación de la historia como estrategia de intervención trata de desentrañar los aspectos simbólicos de la vida social, desde las significaciones individuales o desde las narraciones que hablan de lo colectivo. A su vez, puede dar cuenta de historias de vida en determinados contextos, explicitando pautas de relación y construcción de sociabilidad.

Así, es posible proponer la intervención en comunidad como recuperación de la historia a partir de una serie de estrategias útiles desde una perspectiva instrumental: en primer lugar, la posibilidad de lo grupal como instancia de trabajo donde el grupo comparte el relato, que se orienta hacia la historia del lugar, sus problemas en el pasado y la búsqueda de soluciones en el presente; en segundo lugar, la recuperación de las formas solidarias y autogestionadas que ocurrieron en el pasado y se resignificaron o no en el presente.

El trabajo con grupos heterogéneos puede ser útil debido a la diversidad de representaciones de aquello que se recupera, ya sea desde la perspectiva de los actores que estuvieron presentes o de los miembros de generaciones posteriores que de alguna manera reprodujeron o conservan la inscripción de esos acontecimientos. La posibilidad de acompañar los relatos con objetos o imágenes potencia los atributos de la memoria "corporizando" la historia y da cuenta de los acontecimientos que la comunidad, grupo o institución considera significativos o relevantes. Como recurso para facilitar lo grupal y la relación con el resto de

### *La intervención en espacios microsociales*

la comunidad, algunas experiencias intentaron poner en escena obras teatrales o muestras de objetos, fotografías, etcétera, articulando pasado y presente en un movimiento de integración signado por el fortalecimiento de lazos sociales, la recuperación histórica y la expresión.

Por último, la recuperación de formas lúdicas o creativas que se desarrollaron en el pasado y su expresión en el presente atañen a la construcción de un relato histórico donde el protagonista es la propia memoria colectiva.

### *Lo lúdico expresivo como estrategia de intervención*

*Solo en sueños, en la poesía, en el juego —encender una vela, andar con ella por el corredor— nos asomamos a veces a lo que fuimos antes de ser esto que vaya a saber si somos.*

JULIO CORTÁZAR

Jugar implica “fundar un orden”, desarrollar actitudes y conductas diferentes de las habituales que posibilitan otra forma de vinculación con el mundo, la vida social y su trama de significaciones. Cada acercamiento lúdico a la realidad genera interrogantes, origina nuevas inquietudes e impulsa formas de relación o construcción de lazos sociales. Un acercamiento lúdico a la vida cotidiana presupone, entonces, tanto la generación de interrogantes como, especialmente, la creación de nuevas formas de relación con los otros.

Mucha gente termina huyendo del barrio, y necesitamos más propuestas que reviertan esta situación. Propuestas que desarrollen un conjunto de actividades. No solo para que comuniquen a la gente del barrio entre sí, sino para que también expresen y permitan el protagonismo de su creatividad. ¿Por qué no convertir la tarde del domingo —tradicionalmente lugar de muchas depresiones— en una tarde de fiesta en el barrio? (Belziti, 1992).

Cada juego o actividad expresiva abre la posibilidad de que lo inesperado se presente, que lo inédito entre en escena. En algunas experiencias en el campo de la salud mental, el juego o la expresión creativa impulsaron la construcción de espacios grupales donde antes no existían. A partir de la irrupción de las problemáticas actuales es posible pensar estos instrumentos como modalidades de intervención que permiten incluir aquello que las desigualdades sociales excluyeron, es decir, separaron del todo social.

El juego aparece como una posibilidad de instalar nuevas reglas, que instauran lo que antes no estaba presente, o, sencillamente, muestran que es posible esa construcción. En algunas prácticas de intervención en comunidad se apela a dispositivos lúdicos. Es posible pensar que, si se trata de trabajar con determinada técnica, lo interesante reside sobre todo en la articulación de sus sentidos. Desde esta perspectiva, el trabajo se orientaría hacia la búsqueda de cohesión del grupo. Es por eso que resulta importante determinar quiénes juegan, para qué lo hacen y cuáles son los efectos de las actividades en el orden de lo simbólico. Efectos que, en definitiva, se van a relacionar con la recuperación de lazos sociales, pero también con la posibilidad de aumentar la confianza en las capacidades de quienes participan de ese espacio de intervención.

Para nosotros juego viene de *jocum*, palabra de origen latino que significa broma o burla. El juego es, pues, lo diferente de lo cotidiano, lo diverso, lo establecido: es la variante, la creatividad misma. Desde la perspectiva occidental, juego y trabajo pertenecen a esferas distintas del quehacer, como la burla, lo serio o la diversión y la vida cotidiana. En las lenguas indígenas americanas no hubo nunca una palabra [...] que pudiera traducirse por lo que llamamos "trabajo". A nadie se le podía ocurrir que no fuera placentero, que no fuera cocreativo con la naturaleza, con Dios, con la sociedad, con lo humano; por ejemplo, construir una casa, pescar, tallar una piedra, pintar una roca [...] eso nunca podía ser "trabajo" (Magrassi, 1985).

Lo lúdico se presenta así como estrategia de recuperación desde un punto de vista instrumental, pero también como una manera de alterar el orden de lo cotidiano, demostrando la posibilidad de resignificar o reconstruir situaciones. El juego permite suspender o desplazar las determinaciones que parecen infranqueables en el sistema de convenciones de la vida cotidiana. Desde una perspectiva de intervención en lo social, lo lúdico no implica solo un instrumento de encuentro o un “pasatiempo” sino una intervención que puede cargarse de sentido en la medida en que se defina con claridad su horizonte.

A su vez, el juego define su propio espacio-tiempo, ajeno a los acontecimientos que se insertan en la temporalidad lineal, no exenta de fatalismo, de la vida cotidiana. Así, las jerarquías, los valores, las leyes, las normas, no funcionan en el espacio consagrado al juego:

Jugar es fundar un orden o improvisarlo y someterse gozosamente a él en el caso de los juegos tradicionales, desde el más simple y espontáneo, como el balero, hasta el más complejo y racional, como el ajedrez. Y es el orden lúdico –sin el cual no hay juego– el que define y limita la libertad del jugador (Scheines, 1985).

Lo creativo como instrumento de intervención se presenta como otra manera de aproximación cualitativa a la dinámica cultural de lo microsociales. Se trataría de articular determinados factores individuales o subjetivos en relación con los diferentes estímulos del medio, desde una visión histórico-social del sujeto. Desde esta perspectiva, lo creativo formaría parte de un proceso que surge y sustenta la propia identidad. A partir de lo grupal, si se entiende al grupo como un lugar transitorio, este, a través de la expresión de la creatividad, ratifica su inserción en el lugar y construye formas que en definitiva apuntan a sentir y sostener su propia inclusión. Para Freud, el arte se presenta como un terreno intermedio, entre la realidad

que se opone a nuestros deseos y el mundo de la fantasía que intenta satisfacerlos plenamente.

A su vez, lo creativo se presenta como la posibilidad de construir y elaborar nuevas respuestas ante nuevas situaciones, desde el sujeto, el grupo o la comunidad. Por otra parte, la creatividad como dispositivo de intervención implica el redescubrimiento de la importancia de lo grupal, la relación entre lo grupal y lo comunitario, la promoción de nuevas formas de comunicación y, por último, la posibilidad de explorar posibilidades expresivas del cuerpo en relación con el espacio.

Lo creativo solo es posible como estructura de valores a través de un grupo humano; esos valores se sitúan y expresan en el presente, pero tienen un correlato histórico significativo.

En definitiva, lo creativo como estrategia de intervención lleva, en otro plano, a crear, sustentar o reconstruir la identidad. Así se conjuga una serie de factores individuales que hacen a la configuración histórico-social del sujeto en permanente relación con las influencias del escenario.

Desde una perspectiva instrumental, existen diferentes técnicas de intervención que se apoyan en distintos medios expresivos: los plásticos, cuya finalidad es la expresión y el desarrollo de la imaginación; los dramáticos, que permiten poner en escena situaciones o problemas de solución compleja; los literarios, que proponen la reconstrucción y construcción de tramas discursivas.

Por último, la intervención en espacios microsociales se presenta como una posibilidad de revisar el trabajo comunitario desde una perspectiva que le permita dialogar con otros campos del saber. Pero tal vez lo más significativo sea definir con claridad el horizonte de la intervención dentro de la singularidad de lo local.